



## Hora de serenidad

J. A. MARTÍNEZ CAMINO

Cuando ayer se confirmó que el Papa había anunciado formalmente su renuncia al ministerio petriño, me costó trabajo hacerme a la idea de que pronto nos quedaríamos sin Benedicto XVI. Es verdad que hace tres años respondió a una pregunta del periodista Peter Seewald que él no se iría nunca por huir de ninguna tempestad, pero que sí estaba dispuesto a renunciar, es más, que consideraba su deber hacerlo, si, con plena lucidez y serenidad, algún día se hubiera de ver incapaz de responder a las exigencias de su misión. Ese día ha llegado. Es la hora de la serenidad en que el Papa ha creído, en conciencia, que renunciar es el mejor servicio que en este momento puede prestar a la Santa Iglesia. Pero me cuesta hacerme a la idea, porque no estamos acostumbrados a la renuncia de un Papa. Pero, ante todo, porque me da mucha pena que sea precisamente el Papa Benedicto XVI el que se nos va.

Es mucho lo que le debo personalmente. Pero eso tiene menos importancia. Creo que es mucho lo que la Iglesia y la Humanidad entera le debe a este «humilde trabajador de la viña del Señor», como él se definió a sí mismo al presentarse al mundo recién elegido Papa. Le debemos muchas cosas, que habrá que recordar y agradecer como es debido en los próximos años. Ahora, escribiendo bajo la urgencia del momento, deseo fijarme en una sola.

Es mucho lo que le debo personalmente. Pero eso tiene menos importancia. Creo que es mucho lo que la Iglesia y la Humanidad entera le debe a este «humilde trabajador de la viña del Señor», como él se definió a sí mismo al presentarse al mundo recién elegido Papa. Le debemos muchas cosas, que habrá que recordar y agradecer como es debido en los próximos años. Ahora, escribiendo bajo la urgencia del momento, deseo fijarme en una sola.

Benedicto XVI pasará a la historia como el Papa teólogo. Pocos se han sentado en la cátedra de Pedro después de haber escrito una obra teológica tan monumental, tanto por su cantidad como por su calidad. Es fácil de ver para cualquiera que se asome a sus *Obras completas*, de las que se acaba de publicar el primer volumen en español. Pero Benedicto XVI es un Papa teólogo no sólo porque ha sido y es un maestro de la Teología, sino, ante todo, porque su teología es una teología cien por cien teológica, es decir, toda ella centrada en Dios, en su poder de Creador, en su amor de Redentor, en su virtud de Divinizador del hombre.

Parece obvio que la Teología ha de hablar de Dios, como Dios habla de sí en su revelación. Sin embargo, la crisis no sólo de la teología, sino de la vida cristiana y también de civilización que padecemos, hunde sus raíces en el olvido teórico y/o práctico del Dios vivo. Muchos se preguntan —dice Benedicto XVI en el primer volumen de su trilogía sobre Jesús de Nazaret—: Después de dos mil años de la venida de Jesucristo al mundo, éste sigue atormentado por el hambre, por la guerra, por las pobrezas, ¿qué es, pues, lo que Jesucristo nos ha traído realmente? El Papa responde con sencillez, desmontando la cortedad de miras del racionalismo inmanentista: Jesucristo nos ha traído a Dios. El problema es que nos parece poco. Nos parecen más importantes cosas supuestamente más realistas y prácticas.

Ahí ha detectado Benedicto XVI el desafío que la hora presente plantea a la Iglesia y al Papa: es necesario abrir la razón y el corazón de los hombres a lo más íntimo y, al mismo tiempo, a lo más grande y exterior a ellos mismos: al poder infinito del amor del Creador. Nada se debe anteponer a la urgencia de anunciar a Jesucristo. Todo lo demás es pequeña política, incluso en el interior de la Iglesia.

En esta hora de serenidad el Papa, con un inmenso gesto de libertad espiritual y de amor a la Iglesia y la Humanidad, renuncia a lo que algunos consideran un poder mundano más. Benedicto XVI pone así ante los ojos del mundo su talla humana y cristiana de gigante: la de un gran Papa que deja a la Iglesia en manos de su único Señor. Él sabe bien que Jesucristo no abandona nunca a su Iglesia; que los Papas pasan, que la Providencia gobierna siempre.

Juan Antonio Martínez Camino es Secretario General de la Conferencia Episcopal Española.



JAVIER GALEANO / POOL

## 7 palabras

PABLO BLANCO

Después de siete años, estamos en condiciones de ver los ejes centrales en torno a los que ha girado el pontificado de Benedicto XVI, un pontificado de ideas. He aquí en siete puntos las ideas clave de su ministerio como obispo de Roma:

1. Amor. La primera encíclica se tituló *Dios es amor* y nos explicó cómo en un mundo en el que se abusa de este sagrado término, el eros ha de ser purificado para convertirse en verdadero amor humano y cristiano, es decir, en *ágape*. La caridad también ha de incluir el afecto, el cariño, el amor humano.

2. Razón. El Papa-profesor ha hablado en innumerables ocasiones sobre este tema (era éste el tema de Ratisbona, no el islam). Ya un año antes de su elección como Papa había acordado con Jürgen Habermas que razón y religión podían curarse recíprocamente de sus respectivas patologías.

3. (Ad)oración. Sabe que es el verdadero motor de la Iglesia y de la vida cristiana. Frente al activismo cortoplacista, el Papa alemán sabe esperar, rezar y pensar. Pero sobre todo rezar. La liturgia es uno de los puntos centrales de su teología, y por ella ha profesado un especial interés desde su infancia.

4. Creación. Muchos han hablado de las «raíces verdes» de la última encíclica social de Benedicto XVI. Allí ha conseguido conjugar la crisis económica y la ética de los negocios con la vida y la ética sexual, la bioética y el respeto al medio ambiente. Por eso es una encíclica global. Sus alusiones a la ecología y el medio ambiente resultan continuas. Para Ratzinger la creación constituye un dogma olvidado.

5. Jesucristo al centro. A pesar de sus múltiples ocupaciones, no ha renunciado a su proyecto personal a escribir su *Jesús de Nazaret*. Tal vez porque lo considera como una parte importante de sus obligaciones: hablar sobre todo de Jesucristo. Y hablar de él como Dios y hombre, como Cristo de la fe y Jesús de la historia. No es un avatar más de la divinidad, sino el Hijo de Dios hecho hombre. Solo él salva.

6. Iglesia. Frente al conocido lema «Cristo sí, Iglesia no», el Papa quiere recordar que la Iglesia es el cuerpo y la esposa de Cristo. Es también el pueblo, la familia de Dios. Está convencido de que la misión de la Iglesia consiste en anunciar a Cristo y en crecer en comunión y cohesión en la Iglesia.

7. Belleza. Ratzinger ha sido siempre un enamorado de la belleza. Ha afirmado que un teólogo que no tenga esta sensibilidad resulta peligroso. La belleza del arte cristiano y de la vida de los santos es el principal agente de evangelización en la actualidad.

Pablo Blanco Sarto es profesor de la Universidad de Navarra.